

## DE LO MASCULINO Y LO FEMENINO

Segundo Ensayo Curso Mariología Kentenijiana

**AUTOR: POR VÍCTOR TORO FUENTES**

Ante expresiones como: “todos, en cuanto miembros de la Iglesia, somos esposa de Cristo”; todos podemos entenderlas, pero no todos podemos hacerlas nuestras de igual manera debido a nuestro ser masculino o ser femenino y a la experiencia que tengamos del ser complementario. Una expresión como la expuesta será más fácil de asumir si se es mujer, pero si somos varones; la expresión se vuelve abstracta, no encuentra eco en nuestro corazón. Lo mismo ocurre si decimos: “en Cristo, nuestro corazón se transforma en un corazón sacerdotal”, es fácil de asumir si se es varón, pero si se es mujer, ya no tanto. Y es que lo masculino y lo femenino están presentes en todo ser humano, pero en distintas proporciones. Nuestra cultura híper virilizada pide, cada vez con más fuerza, ser equilibrada por lo femenino, pero cual es la proporción correcta, ¿veremos ahora a los papás en casa cuidando de los niños y la mamá trabajando?, ¿sacerdocio femenino?. Quisiera adentrarme en lo propio del ser masculino y ser femenino y en su necesaria, pero justa complementación.

A este respecto nuestro Padre Fundador nos habla del «misterio de la dualidad polar del varón y la mujer», misterio de complementación y estímulo mutuo. Junto al varón está la compañera, junto al progenitor creador está la maternidad receptiva y cobijadora. (1)

¿Cómo el varón puede sanamente, llegar a experimentarse y sentirse esposa de Cristo?. Cuando como varones, miramos a María al pie de la cruz, renunciando a sus derechos de madre y cooperando con Jesús en la obra redentora, puedo virilmente sentirme representado. María es esposa de Cristo, no por ser mujer, sino por ser su Colaboradora permanente en toda la obra de redención. Así, al abrirme a la persona y presencia de María voy “aprendiendo” a ser esencialmente dependiente de Dios, en mi calidad de creatura, entregándome personalmente a Él, algo propio del ser femenino.

¿Cómo la mujer puede llegar a tener un corazón sacerdotal en Cristo?. Nuevamente, si como mujeres miramos el corazón de María como un corazón orante, que pide e intercede incesantemente por la humanidad, sus hijos, vemos que su corazón, su oración, se vuelve un puente que une a Dios y los Hombres, sus hijos. Así, al abrirme a la persona y presencia de María,

---

<sup>1</sup> María si fuéramos como tú. P. José Kentenich. Ed. Schoenstatt. 2008. Pág. 80.

al asemejar mi corazón al de ella, que tiene un corazón orante, me transformo más y más en un puente entre Dios y los Hombres, propio sacerdocio.

A modo de conclusión, quisiera destacar esta tarea de María como Madre educadora de nuestra personalidad, que es capaz de mostrarnos y enseñarnos a integrar sanamente en nuestro ser, elementos propios del sexo opuesto.

Creo muy conveniente finalizar reproduciendo un párrafo, aunque algo extenso, pero que por lo bello e iluminador, bien vale la pena, de nuestro Padre Fundador.

Los Padres de la Iglesia distinguen una diferenciación especial entre el hombre y la mujer. Relacionándolo con la imagen de Cristo dicen: el varón representa la cabeza de Cristo, la mujer el rostro de Cristo. ¿Y qué significa reproducir el rostro de Cristo?. El rostro revela toda esa vitalidad dinámica de una persona. La cabeza –centro de claridad en el pensar y querer- simboliza la tarea del varón; su conocimiento de las cosas que le permite trazar las rutas a seguir. La mujer, en cambio, deja ver el rostro de Cristo; es decir, ella ha irradiado al mundo los rasgos de Cristo. La figura de Cristo debe vislumbrarse en cada uno de sus movimientos. Los ademanes, los gestos no son, de ningún modo, algo sin sentido. ¡Cuán grandioso, casi divino, es que una mujer pueda no solo decirse, sino vivirlo diariamente: Cristo camina en mí por el mundo y en este tiempo, tomando figura femenina, es decir, la figura de María. (2)

---

<sup>2</sup> María si fuéramos como tú. P. José Kentenich. Ed. Schoenstatt. 2008. Pág. 34.